

bles; desde este púlpito os diré las pocas cosas que pueda comunicaros esta mañana y que esperamos os sean útiles en el Señor. En estos días el pueblo cristiano debería recibir más frecuentemente la Eucaristía: estamos todavía durante la Octava del Corpus Domini. En este periodo la Santa Iglesia exhorta a todos los que puede a honrar, también con la Comunión frecuente, a este Santísimo Sacramento. Es éste un gran don, Almas, testimonio insigne del amor de Dios por el mundo; después de tantos beneficios, tantos dones derramados, tantas gracias concedidas, se ha dejado a sí mismo como alimento a los hombres: *«Mi carne es verdadera comida –es Jesucristo mismo quien habla– y mi sangre verdadera bebida»*. (Ju. 6, 56).

Deseo intensamente que al menos quienes vayan a comulgar, mediten profundamente las palabras dichas por el Señor en la institución de este misterio y en ellas perciban la misericordia afectuosa y el amor de su alma. El Apóstol escribe: *«Hermanos, yo en efecto he recibido del Señor lo que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que era entregado, tomó pan, después de haber dado gracias lo partió y dijo: Este es mi Cuerpo, que es para vosotros; haced esto en memoria mía. Del mismo modo, después de haber cenado, tomó también el cáliz, diciendo: Este cáliz es la nueva alianza en mi Sangre; haced esto, cada vez que bebáis de él, en memoria mía. En efecto, cada vez que coméis de este pan y bebéis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que Él venga»* (1 Cor. 11, 23 ss.). Este don es tan grande que sería más oportuno adorarlo en silencio antes que intentar describirlo con palabras.

Pero fijáos en qué preciso momento ha sido instituido: *«En la noche en que fue entregado»*. Los impíos estaban meditando sobre su muerte, preparaban suplicios, insultos, vituperios y la cruz; Él en cambio preparaba para ellos un don tan grande y excelente. Su alma estaba angustiada; estaba triste hasta la muerte; sudaba sangre; pero estaba más preocupado por nuestra salvación que por su pasión. ¡Ved la grandeza de un amor que olvida

todos los sufrimientos, desprecia los peligros, se interesa solamente por la salvación de los hombres! Estaba apunto de morir pero no pensaba en la muerte. Amenazaban sobre Él mil peligros que preveía con el ojo de Dios, pero no trataba de evitarlos. Iba a ser entregado por el discípulo, y se afanaba por liberarnos de nosotros mismos y de las fauces del Enemigo. Estábamos amontonando para Él todo tipo de males y la muerte, y Él se entregaba como alimento a nosotros. «*El hombre, mientras estaba en una situación honrosa, no lo comprendió; fue asimilado a los animales que no tienen intelecto*» (Sal. 49, 13): fue obligado a comer el alimento de los animales privados de intelecto, precisamente cuando, para hacerse como Dios, quiso gustar el fruto prohibido.

El Hijo de Dios quería devolver al hombre a una dignidad semejante a la precedente, incluso mayor; por eso le preparaba un alimento celestial, el Pan de los Angeles, Él mismo, su Cuerpo y su Sangre como alimento. Y como por nuestra parte habría sido un ultraje el perder, en nuestro corazón el recuerdo de su amor, nos ha dejado un testimonio en este Santísimo Sacramento. Debemos meditar cuánto le debemos a Dios por esto, cuánto estamos unidos a Él: si no, seremos sumamente ingratos. El Hijo de Dios se ha ofrecido una sola vez para nosotros sobre el Altar de la Cruz: una vez muerto no habría podido morir más. Era necesario descubrir otro modo mediante el cual poner ante los ojos de los hombres este maravilloso beneficio. Tal es el Sacrificio de la Santísima Misa en el que diariamente ofrecemos, en memorial y de modo incruento, a aquel Hijo de Dios que reina en el Cielo glorioso e inmortal.

De todo esto bien podéis comprender cómo aquellos cristianos que se acercan a la comunión en pecado e indignamente, cometen un crimen más abominable y más grave que Judas: traicionan al Señor una segunda vez. Este en efecto entregó a los Judios al Hijo de Dios, mortal y sujeto al sufrimiento, que había elegido morir; éstos otros en cambio, entregan en contra de su voluntad, a las

manos de los pecadores y de los demonios, al Señor glorioso, que reina en el Cielo, no sujeto ya a la muerte, y en lo que respecta a su voluntad, lo crucifican mucho más cruelmente. Con mucha razón el Señor, que tanto nos ama, pide nuestro amor, el recuerdo de su bondad y el recibir asiduamente este santísimo don: es el modo más profundo de adorarlo. En la Santísima Eucaristía, escondido, están presentes totalmente Dios, y el Hombre Jesucristo; de su costado abierto que estaba clavado en la Cruz han fluido todos los Sacramentos, todos los dones celestiales, tan innumerables gracias. ¿Por qué no lo besamos, no lo abrazamos, no lo recibimos frecuentemente? A nosotros vuelve el mismo honor que le rendimos a Él, tenemos un maravilloso incremento de la vida espiritual y aumento de la Gracia divina. Nos unimos a Dios y somos transformados en Él. ¡Qué grandeza que el hombre sea divinizado! Pero ¡infelices y desgraciados aquellos que lo desprecian, y que no consideran estar alejados del mayor bien y, separados por las censuras y las excomuniones del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, no quieren tener a Dios como Padre! ¿Qué podemos hacer sin Dios, hijos? ¿Y qué males se nos avecinan, si nos enemistamos con la fuente de todo bien? ¿Sin la Vida podremos vivir? ¿Sin la Verdad, no andaremos errantes? ¿Sin el Camino no nos desviaremos para exponernos a las feroces rapiñas del demonio? ¿Hay que asombrarse todavía si en estos lugares, donde muchos hombres caen fácilmente en las censuras eclesiásticas y se dejan arrancar de la comunión con los cristianos como si fueran miembros podridos, se desata la peste, los campos no producen frutos, hay sequía, surgen discordias civiles, o suceden todo tipo de males que hacen apartarse de Dios y acercarse al demonio? Por la bondad misericordiosa de Nuestro Señor Jesucristo, que todos los cristianos huyan y teman estas censuras de la Iglesia. Esforcémonos por unirnos a Dios y no separarnos de Él jamás.

Pero, hijos, ¿qué daremos a cambio al Señor por todo lo que Él nos ha dado? Las palabras del profeta Miqueas

os sugieren lo que el Señor quiere de vosotros: «*El Señor está en litigio con su pueblo, intenta causa ad Israel*» (Mic. 6, 2). ¡Son tremendas estas palabras! Si el Señor dijera: «Voy a juzgaros para determinar lo que he hecho por vosotros y lo que vosotros habéis hecho a cambio, ¿qué pensaríais? ¿A dónde huiríais? S. Gerolamo asegura que es señal de gran humildad el aceptar ser juzgado junto a su siervo Aquel que tiene el poder de juzgar por derecho propio; de esto es prefiguración cuanto había afirmado por medio de su siervo Job: «...Si no he querido ser juzgado junto a mi siervo» (Job 31, 13). Él quiere combatir con nosotros la batalla del juicio, ser llamado al juicio junto con nosotros, para que no digamos de Él murmurando que se ha comportado injustamente con nosotros: ¡el camino del Señor es justo! Sin embargo nadie puede resistir a su ira; a sus pies se doblan los que sostienen el mundo; ¡a Él el Padre le ha dado toda facultad de juicio y Él tiene todo poder en el cielo y en la tierra! ¡Qué terrible es todo esto! Por ello el Profeta pedía: «No llames a juicio a tu siervo: ningún viviente es justo ante Tí (Sal. 142, 2). Y Micaías añade, presentándonos al Señor que habla: ¿Qué te he hecho yo, pueblo mío? ¿En qué te he molestado? ¡Respóndeme! ¿Porque yo fui quien te hizo subir de la tierra de Egipto, te redimí de la casa de la servidumbre y mandé a tu frente a Moisés, Aarón y María? Acuérdate, pueblo mío, de qué pedía Balac, rey de Moab y qué le respondió Balaam, hijo de Beor. Acuérdate de lo que sucedió desde Sitim hasta Guijal, para que reconozcas los beneficios del Señor» (Mic. 6, 3 s.).

Hoy el Señor os dice: Pueblo mío, que has sido mi predilecto después de Israel, ¿qué te he hecho? O más bien, ¿qué beneficios no te he proporcionado? ¿qué podría haber hecho aún, y no he hecho? ¿Acaso no es el Señor quien ha realizado en nosotros todas nuestras obras, y por Él hemos sido colmados de todo bien? Ha creado todo lo que existe en el cielo y en la tierra para nuestro uso; ha creado a los Angeles como servidores nuestros. Finalmente nos ha dado su cuerpo y su sangre: ¿Qué más

queremos? «¿En qué me he comportado mal contigo?» ¿Qué mal nos ha hecho quien ha entablado batalla tan grande contra Satanás, en la cual ha triunfado sobre él, para vengar las heridas traídas al género humano? «Te he sacado fuera de la tierra de Egipto», es decir fuera del pecado y de los deseos mundanos; «de una casa de esclavitud» donde servías en el fango; «te he liberado»: habiéndote desatado de la esclavitud del demonio y de las obras de la carne, te he dado la libertad. Y, si en el futuro permanecemos en su palabra, nos haremos verdaderamente libres.

Amadísimos, el pueblo judío, habiendo sentido cuál es la justicia de Dios, se arrepintió y comenzó a preguntarse qué podía hacer para aplacar al Señor. Por eso el profeta añade: «¿Con qué me presentaré ante el Señor, me postraré ante el Altísimo? ¿Me presentaré ante Él con holocaustos, con corderos de un año?» (Mic. 6, 6). ¡Admirad una vez más la benevolencia de Dios! El Señor no podía ser aplacado con millares de carneros, o con millares de grasientas cabras. Él mismo enseña a aquel pueblo, y por consiguiente a nosotros, qué es lo que desea. Dice: «Hombre, se te ha enseñado qué es bueno y qué pide el Señor de ti: practicar la justicia, amar la piedad, caminar humildemente con tu Dios» (Mic. 6, 8). Nos da tres mandamientos que, si se practican, nos colocan en la justa perspectiva frente a nosotros mismos, el prójimo y Dios. Ante todo, quiere que practiquemos el juicio y la justicia. La capacidad de juzgar entre las dos partes de las que estamos constituídos: el cuerpo y el alma: debemos tratar de ejercer los derechos de cada una, y valorar sus competencias: reconozcamos la dignidad del alma creada a imagen de Dios, y reconozcamos la debilidad de la carne. Practicando la justicia, obliguemos a la carne a servir al espíritu y al cuerpo a servir al alma. Pero, ¡ay, cuánta injusticia reina ahora sobre la tierra! La que es dueña está obligada a servir, y la carne, que debería ser servidora, tiraniza a su dueña, las cosas del cielo están sometidas a las de la tierra; las que pasan son preferidas a las eternas; se

ignora la palabra de Dios; se desprecian sus mandamientos; se violan los días consagrados a Él; donde hay una pequeña ganancia se pervierten incluso las leyes; muchos se entregan a las comilonas y las borracheras y olvidando la propia dignidad, llevan una vida de animales; hasta el punto de que, si se hiciera comparación entre éstos y hombres de este tipo que permanecieran en silencio, exteriormente no se percibiría ninguna diferencia, excepto en el uso de la palabra. ¿Qué ejemplo dan ciertos padres desgraciados a sus hijos si los educan mediante malos comportamientos? En la Escritura el Señor exclama: ¿A quién los ayes, a quién los lamentos, a quién las contiendas, a quién las quejas, a quién las heridas sin causa, a quién los negrales en los ojos? A quien se para mucho ante el vino, a los que se van en busca de la mixtura (Prov. 23, 28-30). De aquí nacen las familias arruinadas, los patrimonios dilapidados, los litigios, las querellas y todos los males. ¡No es esto el practicar el juicio y la justicia, hermanos! Así no se huye de Dios que vendrá como juez: es necesario que comáis y bebáis cuanto es suficiente para vivir, no que viváis de modo animalesco para comer. Hay que controlar los instintos desordenados: sólo así habrá para nosotros un juicio justo.

En segundo lugar, el Señor nos pide que dirigamos diligentemente nuestro ánimo hacia la misericordia para con el prójimo, de modo que por medio de ella realicemos todas las obras de caridad, como a personas que han sido creadas como nosotros para Dios, redimidas por la sangre de Cristo, alimentadas por la misma Madre Iglesia. Con el prójimo hay que mantener relaciones de caridad, gozando de su bien, entristeciéndonos del mal, huyendo de toda pelea, contienda o rivalidad.

A estas dos sigue la tercera cosa que el Señor nos pide: caminar solicitamente con Dios, del mismo modo que un buen hijo respeta en todo a su padre: lo teme, lo ama, lo reverencia, lo honra. Es necesario pues que nosotros tengamos la misma actitud hacia Dios. Si nos comportamos así, ¡qué buenas consecuencias se derivarán de ello! Reco-

noceremos y respetaremos como representantes de Dios a los Sacerdotes; admiraremos su autoridad divina sobre nuestras almas; los escucharemos cuando nos explican las leyes de Dios; en una palabra, demostraremos tener un espíritu de Hijos de Dios.

Esta solicitud por Dios es conveniente para todo cristiano, pero a vosotros, habitantes de Ascona, se os pide de modo más particular: con vosotros, entre todos los demás pueblos, el Señor se ha mostrado más generoso y ha mostrado su caridad paterna de modo especial: en efecto se ha dignado a tocar el corazón de uno de vuestros ciudadanos y lo ha llevado a dejar en testamento una heredad tan amplia con la que es posible edificar este Colegio y asignarle una renta de modo que vuestros hijos puedan ser educados en las letras y las costumbres cristianas. ¡Beneficio insigne y don singular! Tan grande, me atrevería a decir, que no podía sucederos nada más útil. ¡Cuánto avanzarán por esto vuestros hijos, siervos de Dios, de modo que en el futuro os puedan enseñar la palabra de Dios y guiar vuestras almas! ¡Cuántos beneficios se derivarán para vuestras familias, para toda la ciudad y también para los vecinos! Vosotros mismos bien podéis ver cuántas desgracias actualmente se abaten sobre el mundo cristiano y, de modo particular, sobre esta región vuestra. Muchos lugares y ciudades resienten el descuido en la educación de los niños. A esta falta vuestra el Señor se ha dignado a poner remedio con ventaja y honor para vosotros. Entonces reconoced esta benevolencia paterna: responded al amor con amor, para que no sea demasiado severo, cuando os pida cuentas, si os habéis mostrado ingratos, Él que ha sido magnánimo en sus dones.

Para vuestra consolación espiritual, os diré esto: sabemos ya desde hace mucho tiempo el cuidado que habéis puesto en buscar buenos maestros para educar a los jóvenes: también gente muy alejada sabe qué preocupados habéis estado por todo esto. Y así desde muchos lugares y desde el mismo Milán se os han mandado hijos para educar. El Señor apoya este propósito vuestro y vuestra buena volun-

tad. Abrazad pues cordialmente esta empresa, no la privéis de vuestra atención; y si se deriva para vosotros alguna carga financiera, no escatiméis en los gastos, para que esta obra se realice: ponéos ante los ojos sólo las ventajas y las comodidades futuras. Sed generosos en las cosas que se refieren a la promoción del respeto a Dios: tendréis el fruto y el mérito de ello. Proponéos también en esta ocasión, como en todas las otras, el solo objetivo de obtener la salvación de las almas, la gloria de Dios, y la pía educación de los hijos. Reconoced los beneficios y no seáis ingratos. ¡Ay de los ingratos! Dios, dador de todo bien, les quita toda gracia.

Vivid como para poder recibir cada día dignamente el Cuerpo Sacratísimo de Cristo. En todas vuestras acciones y ocupaciones tened siempre solicitud y temor de Dios, vosotros campesinos, o vosotros comerciantes, o vosotros pescadores. Todos vosotros preguntáos siempre si las cosas que hacéis, de cualquier tipo que sean, son contrarias a Dios, y huid de ellas. En cambio si son acordes con su voluntad, buscadlas: aceptad con ánimo sereno la pobreza, cuando Dios así lo quiere; y sed capaces de sufrir la muerte antes que alejaros del más mínimo mandamiento de Dios. «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si después pierde su alma?» (Mt. 16, 24).

He querido deciros estas cosas en esta ocasión. Muchas más os diré y mucho más haré por vosotros, si, por gracia de Dios, puedo volver a visitaros de modo más completo a vosotros y a vuestra región. Pido a Dios Bueno y Grande, hijos, que ha mostrado su gran amor por vosotros, que en su benevolencia os quiera dar su Espíritu Santo: guiados y educados por Él, seréis justos jueces de vosotros mismos; hacia el prójimo seréis como madres; honraréis a Dios como hijos justos, de modo que Él, en el día del juicio final, reconociéndoos como a sus hijos, os llame hacia Él con estas palabras: «*Venid, benditos de mi Padre, recibid en herencia el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo*» (Mt. 25, 34). Esa semilla que ahora esparcéis llorando, será entonces buen grano que recogeréis con alegría. Amén.

AL PUEBLO DE CANNOBIO DE LA DIOCESIS DE MILAN

Homilía pronunciada en la iglesia prepositural antes de la procesión en la Octava del Corpus Domini 16 de Junio de 1583

«Te conjuro delante de Dios y Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y muertos, por su aparición y por su reino: Predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, enseña, exhorta con toda longanimidad y doctrina» (2 Tim. 4, 1-2): así, amadísimos, escribe el Apóstol Pablo a su discípulo Timoteo, Obispo. Este es el primer deber impuesto también a nosotros, Pastores y Obispos; no debemos jamás dejar pasar ninguna ocasión en lo que se refiere al gobierno de las almas confiadas a nosotros para dirigir las por el camino de la salvación. En cualquier lugar debemos predicar el Evangelio, en cualquier parte proclamarlo con asiduidad, ya sea cosa oportuna o inoportuna: debemos forzar a las almas de modo que entren en el camino de la salvación. Movidos por este motivo, así como vemos a muchos participar en gran número y con asiduidad en la Procesión del Santísimo Cuerpo de Cristo, nos ha parecido necesario pronunciar ante vosotros una homilía. Y la pronunciaremos también mañana, si venís a la iglesia. Será una especie de visita pastoral, aunque no completa, de este lugar. Movidos pues por nuestro deber pastoral, por esta procesión que vamos a realizar y por la ocasión de la visita actual, hemos considerado que valdría la pena hablaros brevemente, duran-

te esta Octava Santísima, de un Sacramento tan grande.

En esta Sagrada Solemnidad, que la Santa Madre Iglesia celebra durante estos días, están escondidos muchos misterios: En efecto ella se esfuerza, con todos los medios y modos que le son posibles, por atraer a todos, como por medio de dulcísimos lazos, a frecuentar y a la plena devoción de este Santísimo Sacramento. ¿Pensáis acaso que no hay razones verdaderamente profundas para hacer celebraciones durante ocho días, encender tantos cirios, y llevar a lo largo de las calles de tantas ciudades, pueblos y lugares la Santísima Hostia de un modo tan solemne? Ciertamente no. Es en efecto un don singular de Dios, un favor elevado que sobrepasa toda comprensión, el que Cristo, el Hijo de Dios, se nos haya dejado a sí mismo por completo como alimento para nosotros: Él que reina glorioso en el cielo a la diestra del Padre, que es adorado por los Querubines, por los Serafines y por todos los Coros Angélicos, beatificados por su visión. Y sin embargo no ha considerado indigno el permanecer para siempre con nosotros en la tierra. ¡Qué inmenso beneficio poder gozar de Dios a nuestro placer, verlo siempre, hablar con Él!

Si alguno de vosotros gozase de tanta estima y autoridad ante nuestro Rey, el duque de Milán, como para poder tener libre acceso ante él cada vez que quisiera, y tuviera la posibilidad de entrar cuanto quisiera en Palacio y en las estancias particulares y hablarle, ¡cómo sería animado por todos! Muchos se dirigirían a él y se considerarían afortunados si gozaran de la estima de un hombre tan importante. Sin embargo también el Rey es un hombre y antes o después morirá: «*Mil años son como el día de ayer, que ya pasó*» (Sal. 90, 4). Y nosotros ¿estimamos en tan poco el poder ver presente sobre el Santo Altar, hablar, contemplar no a un hombre que es Rey, sino al Rey de Reyes que gobierna sobre todo Reino, el Eterno e Inmortal Señor Dios? Y, aún más, el poder transformarse en Él y ser divinizados? ¿No era suficiente y absolutamente superfluo el más pequeño de los gestos de benevolencia que ha realizado para nosotros que no merecemos

nada de todo esto? En efecto ¿quién puede decir que le ha dado algo antes a Él? No ha sido poca cosa que el Hijo de Dios haya tomado la forma de esclavo por nosotros, se haya revestido de carne humana, haya estado visible treinta años sobre la tierra, haya muerto. Sino que subiendo al cielo para enviarnos al Espíritu Santo, ha querido dejarse a si mismo por entero como prenda y alimento: prenda de la gloria eterna y alimento de nuestras almas. Escuchad con qué espléndidas palabras la Iglesia nos muestra este eximio don: «Oh Sagrado Convite en el cual se recibe a Cristo (iobservad cada palabra, medita el misterio!); se renueva la memoria de su Pasión. La mente se llena de gracia; se nos da como prenda de la gloria futura». ¡Sobre esto tengo más necesidad de meditar que de hablar! ¿Qué voz o qué lengua podrá contar los dones que proporcionas a tus fieles, oh Cristo Rey, en este Sagrado Convite? Todos estamos obligados a exclamar con el Rey y Profeta David: «¿Qué es el hombre, para que de él te acuerdes, ni el hijo del hombre para que tú cuides de él?» (Sal. 8, 5). ¿Qué es, qué es el hombre, oh Dios bueno? Nada antes de la creación; un trozo de tierra, cuando lo creaste, un alma creada, salida a imagen tuya; pero cuanto mayor era la dignidad en la que estaba, tanto más ha manchado el alma con sus pecados. «¿Qué es el hombre?» sino un pobre animal, desgraciado y sujeto a mil enfermedades?; «para que tú te acuerdes», y de un modo tan admirable. Ciertamente grande, porque si una madre puede olvidar a su propio hijo, tú no te olvidarás nunca de él. «¿Y el hijo del hombre para que te acuerdes de él?» haciendote hombre, dándole tu Espíritu Santo, estando a su puerta y llamando, dandote finalmente en alimento para él; su Carne es verdaderamente su alimento, tu Sangre es verdadera bebida.

Oh cristiano, esta meditación nos debe despertar a una devoción mucho más grande y a un afecto más decidido. Él derrama sobre nosotros innumerables riquezas, nos entrega todos sus tesoros; ¿cómo no nos va a dar, junto con él, cualquier cosa Él que se ha dado a si mismo?

¿Podrá el hombre olvidarse de su Dios, su creador y benefactor?

«Péguese mi lengua al paladar, si yo no me acordase de ti» (Sal. 137, 6), Señor, que me olvide de mí, antes que de ti: Tú debes ser máspreciado para mí que yo mismo. Pues de mí deriva toda mi desgracia, mientras que Tú sólo eres mi ayuda; Tú eres la fuente de todo mi bien, yo en cambio soy el artífice de mis desgracias.

Pero no quiero dedicar mis palabras con vosotros a los pecadores recalcitrantes, aquellos que han tocado el fondo de la maldad y se glorían en sus culpas, alegrándose cuando hacen el mal. Quiero dedicar mi discurso a aquellos que no son ni cálidos ni fríos, a los tibios y a los divididos en su corazón, que en ciertos momentos creen, y cuando se acerca la tentación, vacilan. Son aquellos que quieren agradar a Dios y a los hombres y acaban por desagravar a ambos; se sumergen tan profundamente en los asuntos mundanos que no tienen tiempo para las cosas del espíritu; preguntados por qué no dicen las oraciones de la mañana y de la tarde, por qué no hacen examen de conciencia, por qué no se acercan más asiduamente a la Santa Sinaxis, tienen siempre a punto «*motivos para excusar los pecados*» (Sal. 141, 4): Tienen negocios y icuántos trabajos comporta el ejercicio de mi profesión! Casi no tengo tiempo de comer; ¿qué tiempo puedo dedicar a lo que me habéis indicado? Uno cultiva el campo y tiene arrendada una parcela de terreno: en los días de fiesta siempre hay algo que hacer y si lo aplazo, el heno se pudre, me pisan la mies, el grano se estropea, las uvas no maduran suficientemente. Pero ¿no véis, desgraciados, que Dios es mucho más que el heno, que el grano y que la uva, Él que os concede todo esto y que, olvidado por vosotros, puede quitároslo? ¿Y nuestra alma deberá estar ligada a las penas eternas a causa de un carro de heno o de grano, y arder eternamente? Pero todo esto se descuidada.

Cristiano, si el amor es incentivo del amor, si el amor es el precio del amor, si el amor exige amor, ¡qué amor te ha mostrado Cristo!

Ninguno jamás pudo tener «un amor más grande que éste: el de entregar la vida por sus amigos» (Jn. 15, 13). Cristo ha dado la vida por tí, que eras su enemigo; por tí se ha inmolado el Cordero inmaculado; por tí ha derramado su Sangre, toda la Sangre que le había quedado en el Cuerpo. ¿Cuánto le debes pues, ingrato? ¿Y consideras una indignidad de poca importancia el no hacer el bien a cambio de los beneficios que se te han hecho? ¿No devolverás nada por la inmensidad que has recibido? ¿serás siempre tan descuidado?

Te ha querido tanto que ha querido poner su complacencia en habitar con los hijos del hombre. (Cfr. Prov. 8, 31). ¿Tú te niegas a quien te ama de un modo tan elevado, impetuoso y benévolo? No es así, hijos, no es así: levantad las manos inertes, asegurad las rodillas que se tambalean para no tropezar después en los dos caminos. Caminad con vuestros pies, y que nada os haga tibios o fríos: que cualquier otra cosa ceda el paso a esta tarea primera. Sois antes de todo cristianos y no comerciantes: la primera profesión no es negociar sino ser religiosos. ¡Y no dudéis! Nada es más fácil que vivir como cristianos, mientras que, por el contrario, «el camino de los pecadores está enlozado, pero su fin es la sima del Ades» (Ecl. 21, 11). ¿Queréis ir hacia piedras, cardos y espinas? Uno roba y hurta furtivamente los bienes a otro. Sepa que, si no los devuelve, el pecado no le será perdonado: teme el patíbulo, si es denunciado; si no lo devuelve, es como si cobijase en su seno una serpiente. Otro está entregado a las obras de la carne. Su conciencia lo acusa siempre, sus sanos principios le reprochan como si se le dijera: ¿Qué será de ti, si el Señor, mientras duermes te pide la vida? ¿No arderás en el fuego eterno? ¿Crees que vas a ser el primero que, acostándose sano, es hallado muerto a la mañana siguiente? Los bienes ajenos hacen siempre sentirse mal al envidioso. ¿No muere de rabia el soberbio, lleno de viento y de humo, porque no triunfa? Para los impíos no hay paz ni alegría (Cfr. Is. 48, 22).

Reflexionad sobre qué piedras y espinas recubren el

camino de los pecadores: ellos no han obtenido nada por sí mismos y dicen haber obtenido todo con su actividad, o del mundo o de otros, antes que de Dios. De ellos bien dice el Profeta Oseas: *«Me iré tras de mis amantes, que ellos me dan mi pan y mi agua, mi lana y mi lino, mi aceite y mi bebida. Por eso yo (añade el Señor) voy a cercar su camino con zarzas y a alzar un muro para que no pueda ya hallar sus sendas. Irá en seguimiento de sus amantes, pero no los alcanzará.* (Estas palabras no os podrían ser explicadas ni siquiera con discursos que duraran más días: os sea suficiente el leerlas). *Entonces dirá: Voy a volverme ahora con mi primer marido, pues mejor me iba entonces que me va ahora. No ha querido reconocer que era yo quien le daba el trigo, el mosto, el aceite; y la plata que yo pródigamente le dí, igual que el oro, se lo consagró a Baal. Por eso voy a recobrar mi trigo a su tiempo y mi mosto a su sazón, y me tomaré mi lana y mi lino, que habían de cubrir su desnudez, y voy a descubrir sus vergüenzas a los ojos de sus amantes. Nadie la librará de mi mano. Haré cesar todas sus alegrías...»* (Os. 2, 5) y lo que sigue.

Esto, hijos, es el fruto de una diligencia desmesurada que os lleva, mientras buscáis las cosas terrenas, a olvidar las eternas. Por el contrario, ¡qué suave es la vida espiritual de quienes la buscan! Quien no la prueba la ignora. ¡Cuánta paz, cuánta concordia, qué decoro en aquellas casas que están deseosas de recibir frecuentemente los Santísimos Sacramentos, que rezan por la mañana y por la noche, que viven de sus fatigas! Allí hay siempre acciones de gracias, bendiciones, alegría y gozo. Admirad cuántos beneficios ofrece el Señor a quienes lo temen. Meditad cuántos Él mismo enumera en el libro del Eclesiástico, aunque ahora no voy a detallarlos, porque se hace tarde. Sólo uno no puedo dejar pasar en silencio. Cuando incluso los justos temerán en el tiempo en que ninguno más podrá ser ayudado y todos tendrán necesidad de ayuda aún más grande, entonces *«al que teme al Señor le irá bien en sus postrimerías, y el día de su fin*

hallará gracia» (Ecl. 1, 11). El no será atormentado por el remordimiento de conciencia, como normalmente temen mucho los hombres, y recibirá la recompensa de haber sido visto en el mundo justo y piadoso. Por el contrario, ¡ay de aquellos, que dejando el camino de la justicia, se han desviado por caminos de maldad! ¿Qué harán cuando Dios, que ahora parece desinteresarse por las acciones humanas y no pedir cuentas, valore las acciones de cada uno, recompense según los méritos reales y declare sus justas sentencias? El Señor es magnánimo y nos espera para la penitencia: pero éstos abusan de su paciencia y acumulan condenas para el día de la ira. El Señor les dirá: *«Creíste que de cierto era como tú. Yo quisiera corregirte poniendo esto ante tus ojos»* (Sal. 50, 21). Preparaos, hijos, en el día de vuestro examen, para no quedar confundidos, cuando Aquel que escruta los corazones y las mentes, examinará meticulosamente no sólo lo que habéis hecho, sino también con qué o sin qué intención habéis actuado.

Ahora es el momento de seguir todos en procesión el Cuerpo Sacratísimo de Cristo. ¡Cuántos, sin embargo, de entre vosotros no están inscritos en la Confraternidad! ¿Y a quién querrán servir, si no se dignan a ponerse al servicio de Dios que es Rey? ¿De qué otra cosa de igual valor se ocuparán, si no tienen en cuenta los tesoros tan insignes de las Indulgencias concedidas? ¡Con cuánto respeto y honor debemos seguir todos al Hijo de Dios con los cirios encendidos: ellos simbolizan la religiosidad del espíritu. Veo a muchos de vosotros preparados para hacer así, y me alegro de ello; pero veo también a otros que no lo hacen y me duelo no poco. Cuando Jesús estaba en la tierra, devolvió la vista a los ciegos y el oído a los sordos, a los enfermos la salud y la vida a los muertos: ha hecho muchos milagros con su presencia física. ¿Qué pensáis que puede hacer en vuestras almas ahora que reina glorioso en el cielo, sin estar ausente de la tierra, si no está lejos por vuestra causa? El Arca de Dios, entrando en la casa de Obed-Edom (2 Sam. 6, 11) dejó tantas bendiciones.

¿Qué podrá hacer en vosotros no un arca de madera, sino el Hijo de Dios, si lo recibís dignamente? Muchos enfermos fueron sanados de todos los males que tenían tocando las ropas de hombres santos; y ¿habrá algo que no obtendréis vosotros que no sólo tocáis sino que coméis al Santo de los Santos?

Así pues, hijos e hijas amados en el Señor: abrid los ojos de vuestra mente: Ved cómo ante el Altar de Cristo Rey y en la Casa de Dios, es necesario un gran respeto, una actitud religiosa también exteriormente, con la cabeza cubierta para no ofender a los Angeles y a su Señor: cómo deben estar recogidos el cuerpo y los pensamientos. La Eucaristía Santísima es un alimento y ¿para que sirve el alimento sino para ser comido? Así pues aquellos que han comulgado hasta ahora cada mes o cada quince días, de ahora en adelante lo deben hacer cada día de fiesta. Aumentarán en Gracia, avanzando en el camino del Señor y acumularán mayores grados de gloria en el Cielo. Que el Señor Jesucristo se digne concederos esto, él que ha querido entregarse a si mismo en alimento para nosotros, él bendito por los siglos. Amén.

DOMINGO III DESPUES DE PENTECOSTES

Homilía celebrada con ocasión de la institución de la Sociedad del SS. Sacramento en Milán en la iglesia metropolitana durante la celebración de la Sta. Misa 19 de Junio de 1583

En la lectura de la Misa de hoy hemos oído las palabras del Apóstol Pablo a los Romanos: *«Por esto Cristo ha muerto y a resucitado a la vida: para ser Señor de vivos y muertos»* (Rom. 14, 9). Este es el fin y la causa de todos los gestos y misterios de Cristo. Por este motivo ha venido del cielo a la tierra; se ha hecho hombre, ha nacido, ha permanecido entre nosotros, ha sufrido mucho, ha muerto y ha resucitado; ha subido al cielo, ha enviado a su Espíritu: para ser el Rey Supremo y el Señor de los vivos y de los muertos. También su Santa Esposa y nuestra Madre, la Iglesia Católica, se propone el mismo fin, poniendo ante nuestros ojos los variados misterios que celebra en las múltiples solemnidades durante el año. Y también nosotros tenemos nuestra parte que cumplir, amadísimos hijos, orientándonos hacia el mismo fin y preparándonos para estos misterios. Y como entre estos misterios que últimamente hemos celebrado, el último fue el de la institución de la Eucaristía, mediante la cual Cristo Dios nos ha manifestado su inefable amor y ha abierto las entrañas de su inmensa caridad, nos parece justo mover vuestras almas a entregaros a cambio de tan gran bondad, porque el amor pide amor.

Hoy (día sagrado y solemne, dedicado a los mártires Gervasio y Protasio, patronos de esta ciudad; por eso con mayor gusto es dedicado por nosotros a la difusión de la fe cristiana para que todos los que pertenecen a esta Confraternidad encuentren gozo en ello), hoy, ha sido instituída en este Templo Mayor la Santa Confraternidad de la Santísima Eucaristía: por este gran don nosotros, y vosotros que participáis conmigo, ofrezcamos esta Sagrada Celebración y nuestras acciones de gracias.

En el breve sermón de hoy hablaremos de dos cosas que se refieren a este hecho: ante todo de cuán grande es la dignidad, excelencia, utilidad y alegría de aquellos que se han inscrito o se inscribirán en esta Sacrosanta Sociedad; después de cómo debe ser su vida y su comportamiento.

Estad atentos, pues, a lo que digo. Ciertamente era grande el sentimiento de amor de aquella Esposa, signo de la Iglesia, que deseaba intensamente unirse a su Esposo: «*¡Quién me diera que fueses hermano mío, amamantado a los pechos de mi madre, para que al encontrarte te besara, sin que nadie se burlara de mí!*» (Cant. 8, 1). La Santa Madre Iglesia deseaba ver unido con ella al Señor Jesús, hecho hombre, de forma que ninguno en el futuro se atreviera a despreciarla jamás. Y si ella deseaba ser unida a su Esposo con un afecto tan intenso, cuánto más ardientemente cada alma debería anhelar unirse a Cristo, su Esposo, recibiendo al Santísimo Sacramento: nos ha sido dado en efecto para que nos unamos a Dios, y transformados en Él, seamos casi deificados; de modo que en el futuro ninguno se atreva a despreciarlo. Ya te contemplamos, oh buen Jesús, ya te intuimos habitando unido a nosotros, aunque ello no sea evidente ante nuestros ojos y sólo podamos percibir las pobres especies del pan y del vino. Podemos gozar de ti, cada vez que lo deseamos, nos alimentamos de ti, eres nuestro alimento mientras que queramos. ¿Quién podrá todavía despreciar a los hombres, objetos de tal dignidad? ¿Quién menospreciar a las criaturas de tal modo ennoblecidas? ¿Quizá el Padre Eter-

no, cuyo Hijo los ha estimado hasta el punto de querer ser comido por ellos? ¿O quizá el propio Hijo que nos ha amado hasta el punto de que su vida, su muerte, su resurrección, su ascensión y la institución de este Santísimo Sacramento se han hecho signo y efecto de su bondad para nosotros? ¿O el Espíritu Santo, el Espíritu de amor, no exaltará esta benevolencia, Él que por este motivo se ha mostrado tan generoso con nosotros y nos ha comunicado sus múltiples bienes? ¿O los Angeles no nos reverenciarán a nosotros que hemos sido saciados por este Pan? ¿Quién podrá todavía depreciarnos? Aterrorizaremos hasta a los demonios.

¡Qué honor y dignidad, qué fruto y gozo se deriva para nosotros de recibir este Sagrado Pan! ¡Cuánto debemos admirar esta Mesa Celestial!

La Reina de Saba fue a encontrar a Salomón cuando le llegó noticia de su fama; después *«viendo la sabiduría de Salomón, la casa que había construido, los manjares de su mesa, el asiento de sus servidores, el porte y los vestidos de la servidumbre y la subida a la casa de Dios, fuera de sí, dijo al rey: «Verdad es cuánto de tu estado y tu sabiduría había oído en mi tierra. No lo creía hasta que he venido y lo he visto con mis ojos; y hallo ahora que no me habían dicho ni la mitad de tu grandeza, de tu sabiduría, pues sobrepujas la fama que a mí había llegado. Dichosas tus gentes, dichosos tus servidores, que continuamente están delante de ti y oyen tu sabiduría»* (2 Par. 9, 3-7). Pero, ¡cuánto más estupefactos debéis quedar vosotros, hermanos amadísimos, de esta Sacratísima Mesa en la que es recibido como alimento nada menos que la Carne y el Cuerpo de Cristo Dios! Con razón han de llamarse y estimarse felices los siervos de Cristo porque forman parte del número de sus familiares inscritos en esta Santa Sociedad; pero aún más dichosos y felices, porque fortalecidos por los dones que de ellos requieren una mayor proximidad con Cristo, ya porque portan las antorchas, ya porque desempeñan otras tareas. Felices vosotros, hermanos y hermanas que podéis gozar de esta ale-

gría durante la vida mortal: éste es el camino hacia la felicidad eterna y la esperanza de obtenerla. Pero no sólo felices: podemos declararos superiores y más dignos del honor de los otros hombres; en efecto, en la Iglesia de Dios hay otras Sociedades piadosas, dedicadas a hombres y mujeres santas; ésta a la que vosotros pertenecéis en cambio, es tanto más elevada que las otras, cuanto Cristo, el Santo de los Santos, autor y fuente de toda santidad, su Patrón, es superior a sus siervos. Estas se posponen, con relación a la vuestra, en la misma relación que el siervo tiene con su Señor. Si vuestro Rey escogiese a uno cualquiera para su servicio y para formar parte del número de sus familiares, y lo designara en su casa para un oficio que requiera la continua presencia delante del Rey, los otros compañeros de servidumbre lo mirarían con admiración y respeto. Oh Cristianos, nosotros creemos que ya ha sido ofrecido este honor al hombre mortal, destinado al polvo y a la destrucción, cuando no a la condenación eterna: ¿podemos considerar de otro modo el hecho de servir al Rey de los siglos el inmortal e invisible Dios, Cristo, ser siervo de Él y reinar? ¿El pertenecer a su familia y estar siempre en su presencia, como vosotros hacéis? ¡Qué dignos de honor sois, ya que el mismo Rey Cristo os ha ennoblecido de este modo!

La visión y la cercanía de nuestro Salvador, además, os ofrece grandísimos frutos espirituales. También cuando estaba entre nosotros, habiendo asumido la condición de esclavo, sujeto a las debilidades humanas, emanaba de Él tanto poder y realizaba tantos milagros con su sola presencia física: daba la vista a los ciegos, el oído a los sordos, la salud a los enfermos y la vida a los muertos. Admirad la vocación de Mateo, que dejando de repente el puesto de las tasas corrió hacia Él; los pobres discípulos, que dejando la barca y las redes, lo seguían; Pedro, que juró en falso y mintió, obligado a lágrimas muy amargas por su sola mirada; cómo santificó la casa de Zaqueo con su sola presencia. Admirad, en fin cuántos milagros realizó, porque en su humanidad actuaba la Divinidad. ¿No

creéis que hará las mismas cosas, operará y concederá lo mismo Cristo, que ya no es siervo humilde, sino Rey glorioso, triunfante en el cielo, que vive también entre nosotros con su divina presencia y siempre visible? ¡Innumerables, innumerables! Os las indicaremos sólomente, porque el tiempo es limitado. Añadiremos sólo esto, acabando esta primera reflexión: en verdad felices vosotros y todos los que se han inscrito en esta Santa Sociedad; para vosotros y de vosotros digo aquellas palabras que la Iglesia canta en la solemnidad de S. Gervasio y S. Protasio, cuyo oficio hemos debido pasar a mañana para dar espacio a este Sagrado Misterio: «*iVed cuán bueno y deleitoso es que los hermanos vivan juntos!*» (Sal. 133, 1). ¡Qué bello es servir al sumo bien, de quien procede todo don y bien: todo don es aún mejor y más accesible! ¡Qué alegría servir a Aquel que concede todo bien y está pronto a conceder toda gracia que queramos pedirle! Pero también ¡qué gratificante es vivir como hermanos en el vínculo de la caridad: nada es más gozoso que ésta y es continuamente acrecentada por la frecuente recepción del Santísimo Sacramento: por eso se llama el Sacramento de la Comunión. ¿Qué puede ser más útil o gozoso que formar parte de esta Santísima Sociedad cuyo fin es procurar todo honor al Cuerpo y a la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, estar siempre más unidos a Él, acogerlo presurosamente con las antorchas y otras atenciones cuando es llevado a los enfermos, pasa por las calles de la ciudad o es guardado en la Iglesia? Y como Dios es agradecido, ¿qué honores no devolverá a aquellos que se esfuerzan por obsequiarlo? ¿Acaso no dará la alegría del Espíritu a aquellos que lo aman con todo su corazón? Hermanos, «gustad y ved qué suave» y bueno será para vosotros «*el Señor*» (Sal. 34, 9); ahora que sois llamados a la unidad, permaneced en esta Sociedad en el modo que más conviene; vivid una existencia que está de acuerdo con los fines de vuestra institución. De éstas queremos hablar brevemente en el segundo punto de reflexión que nos habíamos propuesto.

El primer deber para vosotros que os habéis inscrito es rendir todo el honor que podáis al Santísimo Sacramento, y el máximo honor se rinde comiendo frecuentemente este Santo Pan. Por ello, al menos cada tres domingos recibiréis la Santa Comunión, cosa que habéis comenzado a hacer hoy. Pero para que las cosas no se prolonguen y la celebración de los Santos Misterios no sea interrumpida, los Sacerdotes administraremos la Santa Eucaristía en los dos altares laterales de aquí al lado, en uno a los hombres y en el otro a las mujeres, mientras que nosotros la administraremos sólo a los Eclesiásticos que sirven en el altar.

Pero hay otro deber: es necesario que mostréis algún signo de agradecimiento para declarar que habéis entendido qué beneficio os ha hecho Dios; acercándoos a los Sacerdotes que recibirán vuestras ofrendas (éstas son libres y ninguno controlará su entidad) debe haber en vosotros la voluntad de dar lo que ofrecéis. «*Dios ama a quien da con alegría*» (2 Cor 9, 7). Todo lo que déis será empleado en el honor del Santísimo Sacramento, para adquirir los cirios y velas con los que, del modo más honroso y digno para la grandeza de su majestad, sea custodiado en la Iglesia y, cuando es necesario, sea llevado a casa de los enfermos. Dios ciertamente no tiene necesidad de nada, pero se complace viendo en estos minúsculos gestos la religiosidad y la devoción de nuestros ánimos. Pero vayamos ahora más al particular. Esta Santa Sociedad es una escuela de Cristo, es la familia del Rey eterno; ¿cuál será pues la divisa, el vestido de estos Escolares de Cristo, de estos Servidores de Dios? Los Reyes, los Príncipes, los nobles suelen prescribir un vestido de determinado tipo a sus siervos: cuando se lo ponen son reconocidos como siervos de aquel rey, aunque sean desconocidos por otros motivos. Dios, Rey de reyes y Señor de señores lo pide con mayor razón: todos nosotros que somos Cristianos, y vosotros de modo particular, hemos de tener una conducta exterior tal que se nos reconozca como discípulos y siervos de Cristo, como si nos pusiéramos una divisa. Es necesario que con las palabras y las acciones profe-

semos públicamente la fe en Cristo y su regla de vida; será feliz, en efecto, quien lo confiese. Si alguno se avergonzara de hacerlo, también Cristo se avergonzará de él frente a su Padre. (cfr. Mt. 10, 32). Hay quien tiene respeto humano de comulgar a menudo; a otros les desagrada dejar las malas compañías para llevar una vida según el espíritu. Dicen: ¿Cómo hablará la gente viéndome comportarme así, qué dirán los hombres? ¡Qué desgraciados sois! ¡ay de vosotros que estáis atentos, a lo que dice el mundo porque de ello dependéis! Pero, decidme: ¿qué es el mundo para que seáis tan respetuosos con él? o ¿qué es el cielo, la tierra, el sol, la luna o todos los otros elementos mudos? ¡No hablan! o ¿los coros de los Angeles y los Santos que están en el cielo? Estos sí os alabarán, si os comportáis bien. Para ellos, en efecto, hay más *«alegría por un pecador convertido, que por noventa y nueve justos»* (Luc. 15, 7). O ¿los hombres justos, los siervos de Dios que están vivos aquí en la tierra? ¡Estos llorarían amargamente viéndoos descuidar lo que deberíais hacer! Veamos, pues, un poco qué es este mundo del que sois siervos. Hombres malvados, enemigos de Dios, mundanos, lujuriosos, avaros, soberbios, manchados con todo delito y maldad: ¡Estos son el mundo! ¡Estos vuestros amos de los que dependéis en todo!; ¡sus voces son como oráculos para vosotros: estos son vuestros dioses! Sois hombres dignos de lástima vosotros que por sus voces os dejáis apartar de hacer el bien, de comulgar a menudo, de dar testimonio de Cristo el Señor.

¡No es así, hijos! Que cada uno de vosotros diga: Cristo Dios, a partir de hoy decido considerar una basura el mundo, quien en él habita, finalmente mi cuerpo y mi vida, cuando se trata de la gloria de tu nombre y todo cuanto atañe a tu honor; quiero ganarte sólo a Ti (cfr. Fil. 3, 8). Pero ¿qué deberéis hacer para mostraros como discípulos de Cristo y hermanos de esta Sociedad? ¿Cuál será vuestro vestido, cuáles las insignias de vuestro Rey? Cristo antes de morir, lo enseñó a los Apóstoles y a nosotros; decía: *«En esto conocerán que sois mis discípulos,*

en que os amáis los unos a los otros» (Jn. 13, 35). Así como os esforzaréis por realizar o evitar lo que en el Evangelio de hoy el Señor os enseña, donde dice: *«Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso»* (Lc. 6, 36). Hijos, ¡cuánto debemos al Señor: Él se dignó a ser para nosotros Creador, Conservador, Redentor, Padre y Maestro nuestro. No sin razón el Profeta Joel nos manda alegrarnos y dar gracias por todo esto, cuando dice: *«Vosotros, hijos de Sión, alegráos en el Señor vuestro Dios porque os ha dado un maestro de justicia»* (Jl. 2, 23). Nuestro Salvador nos ha hecho este don abundante, como dice por medio del Profeta: *«He anunciado tu justicia en la gran asamblea: mira, no tengo cerrados los labios, Señor, tú lo sabes»* (Sal. 40, 10). Como la justicia tiene tres direcciones y se propone dar a cada uno lo que le conviene, a Dios, a nosotros mismos, y al prójimo, se nos sugiere hoy la tercera parte de nuestra actuación: *«Sed pues misericordiosos»* (es decir soportad en vuestros corazones el mal del prójimo; uno es tanto más perfecto cuanto más sensible al dolor ajeno) *«como vuestro Padre es misericordioso»* (Luc. 6, 36) *«que hace salir el sol sobre los malvados y sobre los buenos, y hace llover sobre los justos y sobre los injustos»* (Mt. 5, 45). Como el sol ilumina a todos del mismo modo y las lluvias riegan en la misma medida a todos, así también vosotros: con justicia, excluyendo cualquier preferencia personal, debéis ser misericordiosos. No con la esperanza de obtener un premio de vuestros beneficiados, sino sólo de Dios que derramará sobre vuestro regazo una medida buena, apretada, colmada, rebosante (cfr. Luc. 6, 38). No hay nada que un mercader pueda desear más que una medida así; y la recompensa de la caridad será tan grande que hay que pedirla todavía más intensamente. Los frutos de la misericordia son numerosos, pero, en la esperanza de poder hablar de ellos de modo más extenso en otra ocasión, ahora voluntariamente los dejo de lado. Sin embargo no puedo callar uno: la palabra de Cristo nos ha prometido que aquellos que han empleado misericordia *«obtendrán misericor-*

dia» (Mt. 5, 7), sobre todo en el día de la justicia, del gran juicio, cuando el Señor venga a juzgar todo. ¡Qué grande es este premio! tanto más precioso por el hecho de que todos tenemos necesidad de ella, en cuanto que todos hemos pecado. La misericordia es el remedio más oportuno para borrar los pecados: «*El agua apaga un fuego encendido, la limosna expía los pecados*» (Eclo. 3, 33). A nuestro prójimo no debemos en modo alguno hacerle el mal, ni con acciones, ni con palabras, ni siquiera con el pensamiento. La Misericordia misma nos enseña esto diciendo: «*No juzguéis y no seréis juzgados*»; ¿quiénes sois vosotros que queréis juzgar a vuestros hermanos? «*No condenéis y no seréis condenados*» (Luc. 6, 37). En este nuestro pobre tiempo ¡cuántos están constantemente ocupados en discutir o juzgar los hechos ajenos, dejando de actuar por sí mismos! Interpretan de mala manera las cosas bien dichas o hechas por otros. Y esto no sólo con sus iguales, sino, lo que es peor, juzgan también a sus superiores y ellos que son como los pies de este gran cuerpo que es la Iglesia, pretenden juzgar a quienes desempeñan la función de cabeza. Los rebaños se atreven a reprender al Pastor. Pero sufrirán la pena de tal temeridad: con la misma medida con la que han medido, serán ellos medidos. Vosotros, hijos, no hagáis así. Estimad como pajas los errores de los otros, mientras que los vuestros consideradlos como vigas, para que el Señor no os diga: «*Hipócrita, quita primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver bien para quitar la paja en el ojo de tu hermano*» (Luc. 6, 42).

Pero no es suficiente, hermanos, amar al prójimo, rodearlo presurosamente de obras de misericordia, darle lo que pide, perdonarle los errores cometidos contra nosotros, no juzgar sus obras, no condenarlo; en todo esto es necesario que el ojo de las intenciones sea simple, para que todo el cuerpo esté en la luz (Luc. 11, 34). Todo lo que hagamos por el prójimo debe ser hecho bajo la mirada de Dios, para ser hecho justamente. Los hijos tienen el precepto de obedecer a sus padres, como a Dios; el Apóstol Pablo manda a los siervos obedecer a sus amos como

al Señor (cfr. Ef. 6, 1.5); Cristo muestra que es preciso dar limosna a los pobres como si se hiciera al Señor: «*Cada vez que hayáis hecho estas cosas a uno solo de estos hermanos míos pequeños, a mí lo habéis hecho*» (Mt. 25, 40). Es necesario reconocer siempre a Dios en cada persona, venerar su semejanza con Él porque todos han sido creados a su imagen: aquellos que sepan verla siempre no harán nunca mal a nadie para no ofender a Dios cuya imagen ven. Harán bien a todos para obtener beneficios de Dios a semejanza de quien han sido creados. Pero si siempre se ha de tener delante de los ojos a Dios y su imagen en todo lo que hagamos en favor del hombre, ¿qué perfección y reverencia es necesario tener en lo que hagáis directamente para Dios en esta Santa Sociedad? ¿Cuál será el modo más decoroso de servirle? ¿Cómo a un rey poderosísimo, o un emperador siempre invicto? No, diré que es todavía poco: estas son obras de sus manos: no han sido hechas para hacerlo a Él, sino que Él mismo los ha creado. ¿De qué modo pues hay que servir a Dios? Aquí guardo silencio, hijos, porque en este mundo finito no hay semejanza o proporción con el infinito; guardo silencio porque cuando servimos al Señor, cuando recibimos su Santísimo Cuerpo, cuando estamos en su presencia, cuando lo acompañamos con los cirios o de otro modo, vale la pena decir solamente lo que el Apóstol Tomás exclamó, mientras tocaba las llagas y las heridas de Cristo: «*¡Señor mío y Dios mío!*» *¡Mi Dios y mi Señor!*» (Jn. 20, 28)

Todos estos honores hay que tributar a nuestro Dios que no puede ser definido o descrito con nuestras palabras. Venerémoslo como a Nuestro Señor, Creador y Dominador de nuestras almas y de nuestros cuerpos; sirvámosle de un modo tan digno no tanto por la recompensa que de Él recibiremos, sino por Él mismo, y no como serviremos a otros; de este modo amaremos a nuestro prójimo en Él y a Él por si mismo.

Cristo es la suma del amor y su caridad hacia el prójimo es verdaderamente sublime: ésta debe llegar a ser

vuestra vestidura. La mostraréis no sólo manifestándola de palabra, sino con vuestras acciones, las limosnas, las obras de misericordia y todo lo que en el Evangelio de hoy el Señor nos ha enseñado a hacer por los demás, incluso por aquellos de los que debemos estar alejados. Que nadie se engañe, afirmando sólo que es caritativo y ama a su prójimo: que lo demuestre con aquellas consecuencias y aquellas características que son propias de la caridad: en efecto *«la caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no es interesada, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera.»* (1 Cor. 13, 4 ss.).

Quien no tiene todo esto, no posee la caridad, no es discípulo de Cristo, es un inscrito indigno de la Sociedad del Santísimo Sacramento: *«Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la luz. Andemos decentemente y como de día, no viviendo en comilonas y borracheras, no en amancebamiento y libertinaje, no en querellas y envidias; antes revestíos del Señor Jesucristo»* (Rom. 13, 12): Él mismo será vuestro vestido. ¡Que diferencia hay entre vuestros indumentos y este vestido! Cristo se ha revestido de espinas de golpes, de clavos y de sangre: en cambio vosotras, mujeres fatuas, que os revestís con indumentos adquiridos a costa de gastos excesivos, que os preocupáis del arreglo de los cabellos, y tenéis otras ocupaciones de este tipo, ¿en qué os parecéis a Cristo? ¿Cómo os presentaréis a Él? Revestíos de otras vestiduras, de aquellas virtudes que vuestro Maestro y Señor os ha enseñado desde la cátedra de la Cruz: la humildad, la mansedumbre, la obediencia al Padre eterno, el amor a los enemigos por quienes ha pedido, la tolerancia en las contrariedades, la paciencia, a fin de que *«llevando siempre y en todas partes en nuestro cuerpo la muerte de Jesús, también la vida de Jesús se manifieste en vuestra carne»* (2 Cor. 4, 10); aquí en la tierra por medio de su gracia; en el Cielo por su Gloria; que a ella nos conduzca a todos la Bondad de Dios. Amén.

EN OCASION DE LA CONSAGRACION DE LOS ALTARES

Homilía pronunciada en la iglesia parroquial de Galbiate de la diócesis de Milán el jueves del IV domingo después de Pentecostés 30 de Junio de 1583

Queridísimos hermanos, el pueblo hebreo fue amado por Dios de modo muy especial y rodeado de cuidados afectuosos particulares: para él realizó gestas maravillosas, le dió la Ley, le dió el Maná, le ofreció la Tierra Prometida donde fluía leche y miel; le enseñó cada rito y ceremonia, quiso ser y llamarse su Dios, quiso ser adorado y venerado por ellos de modo particular. Todo esto fue sólo sombra, noche, imagen: la noche dió paso al día, las tinieblas a la luz, la figura a la presencia, la Ley al Evangelio, los Hebreos a los Cristianos. Y cuando conmigo mismo vuelvo a considerar sobre los dones que Dios nos ha concedido y la dignidad que nos ha sido conferida, veo claramente que aquel pueblo, por voluntad de Dios, está tan lejos de nosotros cuanto el oriente del occidente. Se me abre un abismo de razones de superioridad en comparación con ellos, que ahora no podemos tratar porque la hora es avanzada y esta celebración no es el momento oportuno para ello. Me parece sin embargo que al menos una cosa no debo pasar en silencio: el Señor quiso ser adorado por ellos en un solo lugar, en el Templo de Salomón, en Jerusalén: allí sólo debían ofrecerle sacrificios, allí Él los encontraba acogiendo sus plegarias. En cambio

con nosotros y en medio de nosotros está realmente el Hijo de Dios mismo, ha actuado de distinta manera, dignándose a morar no sólo en una ciudad, sino en todo el mundo, en las numerosas iglesias que hay en cualquier parte suya, en muchos altares. El profeta Malaquías, previendo la grandeza de esta gracia, mucho tiempo antes había dicho: «Porque desde el orto del sol hasta el ocaso es grande mi nombre entre las gentes y en todo lugar se ofrece a mi nombre un sacrificio humeante y una oblación pura, pues grande es mi nombre entre las gentes» (Mal. 1, 11). En verdad hoy todos los pueblos y las naciones están obligadas a decir de nosotros que «no hay una nación tan grande que tenga la divinidad tan cercana a ella, como Dios» (Deut. 4, 7), y presente en todas partes para los cristianos; sobre todo en las iglesias y sobre los altares, como los dos que hemos consagrado hace un momento, como habéis visto, en esta iglesia. Estas celebraciones están llenas de misterio, y no se pueden pasar en silencio de modo apresurado. Nuestro deber requiere por tanto que os hablemos un poco de la dignidad de estos altares, de los frutos espirituales de esta consagración, de los deberes y encargos de los fieles cristianos y, en particular, de los vuestros.

La institución y la consagración de los altares es una costumbre muy antigua. Los hombres son por naturaleza seres religiosos y la religión parece nacida con ellos: por eso en cada tiempo ofrecen a Dios sacrificios y ritos y dedican a Él los altares. No vamos a hablar aquí de aquellos que, siguiendo una falsa religión, inmolaban víctimas a los dioses; trataremos sólo de aquellos dedicados al Dios vivo y verdadero. El primer ejemplo lo hallamos en Noé, hombre justo y recto, agradable a Dios; cuando salió del arca, él y todos los animales que estaban con él, edificó un altar al Señor; y tomando de todos los animales puros y de todas las aves puras, ofreció sobre el altar un holocausto. *Y aspiró el Señor el suave olor, y se dijo en su corazón: No volveré ya más a maldecir a la tierra por el hombre»* (Gen. 8, 20 ss.). Pero, hermanos, ¿con qué in-

tensidad el Señor Dios acogerá con placer el perfume no de corderos y cabras, sino el sacrificio del Cuerpo y de la Sangre de su Hijo, prefigurados en ellos, que ofreceréis sobre estos altares? ¿Cómo no va a dejarse aplacar por esta ofrenda de modo que no maldiga más a los hombres y está bien dispuesto hacia ellos?

Abraham, padre de muchos pueblos, supo por el Señor que Él daría la tierra de Canán a su descendencia y le edificó un altar; los otros altares son erigidos en memoria de los beneficios concedidos por Dios a los hombres (cfr. Gen. 13, 18). La Sagrada Escritura atestigua que también Moisés y todos los primeros Patriarcas erigieron numerosos altares a Dios. Uno que merece particular atención fue el altar que el santo Jacob edificó con la piedra sobre la cual había dormido, cuando había soñado la escala que partía de la tierra y llegaba a la cima del cielo, «y los ángeles de Dios subían y bajaban por ella». Despertándose dijo: «*En verdad el Señor está en este lugar y yo no lo sabía*». Tuvo temor y dijo: *¡Qué terrible es este lugar! Esta es la casa de Dios, esta es la puerta del cielo*» (Gen. 28, 12 ss.) ¡Oh! si vieras nuestros altares, Jacob, y las escalas celestiales apoyadas sobre ellos, a lo largo de las cuales suben hasta Dios las oraciones y las palabras de los sacerdotes, y descienden sobre los hombres los signos de la benevolencia de Dios, su mismo Cuerpo y su misma Sangre icon cuánta mayor verdad y decisión exclamarías: «*¡En verdad el Señor está en este lugar!*» no para prometer una descendencia numerosa, como en aquel, sino para darse por entero a si mismo en alimento a los mortales y al mismo tiempo proporcionarles todo bien.

«*¡Qué terrible es este lugar!*» para los demonios aquí se han deshecho sus fuerzas. Amable en cambio para los hombres porque aquí obtienen todo beneficio. «*Esta es realmente la casa de Dios, ésta es la puerta del cielo*»: aquí el Altísimo ha preparado su tienda, aquí habita del mismo modo que reina en los cielos. Y la puerta del cielo es Aquel que durante su vida, dijo de si mismo: «*Yo soy la puerta*» (Jn. 10, 9); no está permitido acceder al cielo

sino por medio de Él. Por eso nuestra Iglesia debe ser amada. Al mismo tiempo sin embargo es temible porque Dios habita en ella y está presente: Él escruta desde el cielo el corazón y los riñones de los hombres. Desde cada altar podemos decir de modo pleno: El Señor está en su santo templo, el Señor tiene el trono en los cielos. Sus ojos están abiertos sobre el mundo, sus pupilas escrutan a cada hombre. El Señor escudriña a los justos y a los impíos, Él aborrece a los que aman la violencia» (Sal. 11, 4i5). En efecto, aquí se posan *«los ojos del Señor sobre los justos, y sus oídos atentos a sus clamores. El rostro del Señor contra los que hacen el mal, para borrar de la tierra su memoria»* (Sal. 34, 16-17). Desde este altar el Señor mira a aquellos que se han arrepentido con ojos de misericordia para borrar sus pecados; los justos con ojos de amistad, para otorgarles su recompensa; los impíos con ojos de justicia para que sean arrojados fuera en las tinieblas, con las manos y los pies atados. Para no obligarnos a soportar tal mirada, el Señor, benigno y apasionado hacia nosotros, nos advierte con las palabras del Evangelio de hoy: si alguno, al acercarse al altar se acordara de tener alguna cosa contra su hermano, que deje su ofrenda y vaya primero a reconciliarse con él (cfr. Mt. 5, 23-24). La Iglesia de Dios debe ser muy rígida con los pecadores que en ella entran: deben acordarse que se aproximan a la presencia de Dios que ve sus pensamientos y su corazón y ser juez de vivos y de muertos. La Iglesia es terrible y tremenda también para el demonio, porque en ella se dan poderes para oponerse a él a los penitentes y confesores: por sus santos consejos son rotos los lazos de Satanás, y él está obligado a devolver a Dios las almas que le había sustraído; aquí en efecto están la Cruz de Cristo, las imágenes de los Santos, sus numerosas reliquias, y un número inmenso de Angeles rodean al Sacrosanto Cuerpo de Cristo presente sobre el altar. Pero, ¡ay! existen pecadores que se atreven a visitar la iglesia y no temen nada de todo esto. Hasta algunos se permiten pecar dentro de ella y ofender a Dios en su presencia. En

esto son más perversos que los demonios: éstos al menos creen y sienten temor. Estos otros, por el hecho de que no sienten temor, probablemente no creen. De ellos se lamenta el Señor por medio del profeta: «¿Qué tiene que hacer mi amado en mi casa, con su perversa conducta» (Jer. 11, 15), porque aquel a quien tanto he amado, por quien he entregado mi vida, que he rescatado con mi sangre, se mancha de graves culpas en mi casa, elegido para colmarlo de particulares beneficios por mi que no considero indigno habitar con él? ¡Se ha entregado a amores ilícitos, ha entretenido conversaciones frívolas, ha concluido contratos claramente ilegales y después transforma mi casa, lugar de oración, en una cueva de malhechores!

Pero la Iglesia es de temer porque serán castigados terriblemente aquellos que no le tengan respeto, porque a ella le conviene la santidad. Nos lo ha mostrado claramente el Señor Jesús, Él que, suave y manso en toda ocasión, jamás se encendió tanto de celo como en el Templo contra aquellos que vendían y compraban cosas que incluso eran destinadas como ofrendas a Dios (cfr. Mt. 21, 12): le devoraba el celo por la casa de Dios (Jn. 2, 17). Y si en cada lugar debemos buscar el honor de Dios, aquí debe hacerse ciertamente de modo más elevado, porque aquí ha elegido habitar de modo singular.

De todo cuanto se ha dicho, véis cuánta dignidad revierte a la iglesia: pero el altar la supera en grandeza. Ciertamente fue grande el Templo de Salomón, ingente el gasto de la construcción, prolongada durante tantos años, enriquecida por muchos dones: era la casa de Dios. Al pueblo hebreo le fueron concedidos muchos beneficios en él, como atestigua la larga oración que Salomón hizo en él (1 Re 8, 15 ss.); a él *«el Señor apareció de noche y le dijo: He escuchado tu oración; he elegido para mí este lugar como casa de sacrificio. Cuando yo cierre el cielo y no haya lluvia, cuando mande a la langosta devorar la tierra, cuando mande la peste entre mi pueblo, si mi pueblo, sobre el que se invoca mi nombre, se humilla, ruega y me busca la cara, si se aparta de sus malos caminos, yo oiré*

desde los cielos y perdonaré su pecado y curaré a la tierra. Mis ojos estarán siempre abiertos y atentos mis oídos a su plegaria hecha en este lugar» (2 Par. 7, 12 ss.). Pero más fácilmente obtendrán todo esto los fieles de Cristo entrando en esta iglesia y postrándose ante el santo altar. Aquí no sólo está el arca de la Alianza con las Tablas de piedra de la Ley: aquí está presente el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Aquí no está Salomón rezando sino la Santa Madre Iglesia, la Esposa de Cristo, que suplica con la oración de todos, que Dios conceda sus dones. «Escucha propicio, Señor, y concede que quienquiera que entre en este Templo para pedir beneficios, se regocije de haber pedido cada cosa» (Oración IV ad Vesperas de la Dedicación de la Iglesia Mayor, según el Breviario Ambrosiano antes de la reforma). Aquí tendréis como intercesores vuestros a los gloriosos Santos bajo cuyos auspicios hemos consagrado estos altares: S. Juan evangelista, el discípulo amado por Dios; S. Ambrosio pastor, padre y patrón nuestro; S. Máximo, invicto mártir de Cristo, cuyas reliquias hemos depositado aquí. Nuestro Señor prometió escuchar todo lo que Salomón pidiera en sus oraciones; pero aún más generoso con nosotros Nuestro Señor ha prometido: *«Si pedís cualquier cosa a mi Padre en mi nombre, Él os la dará»* (Jn. 16, 23). Aquí entrarán los pobres, y el Señor eliminará su miseria. Vendrán los afligidos y serán consolados por el Señor. La madre llorosa obtendrá la salud para sus hijos. Aquí pediremos al Señor la abundancia de las cosechas. Aquí dejaremos el grave peso de los pecados. Este es el lugar donde se construyen todas las virtudes. Aquí vosotros sedientos *«tocaréis el agua con alegría en las fuentes de la salvación»* (Is. 12, 3).

Yo mismo me hago garante para vosotros de la misericordia de Dios: sus ojos están abiertos, y atentos sus oídos a las súplicas de aquellos que rueguen en este lugar (cfr. Sal. 34, 16). Aquí será derrotada la soberbia del ánimo, debilitada la llama de la ira, apagado el ardor de las pasiones; toda pereza desaparecerá y se fundirá la frialdad del corazón. Podréis venir aquí cada vez que queráis.

¡Qué grande y admirable beneficio poder hablar siempre con Dios presente, encontrarse con el Médico celestial en nuestras debilidades! Aquí ya no sois pobres porque tenéis entre vosotros al rey de toda gloria y riqueza: sabed bien que de Él obtendréis todo lo que pidáis: y si no os fuera concedido, es porque lo pedís mal, o bien porque lo que habéis pedido, una vez obtenido, habría sido para vosotros dañino y nocivo. Que todo cristiano se enfervorice por la meditación de un misterio tan inmenso y rodee del debido honor a este santo edificio y su noble altar; que reciban los numerosos frutos espirituales que de él derivan de modo que no parezca que han recibido en vano la gracia de Dios (cfr. 2 Cor. 6, 1).

Ahora sin embargo dirijamos la atención a aquellas que son vuestras futuras ocupaciones, con cuyo cumplimiento obtendréis los beneficios que se derraman de este altar. Como primera cosa debéis tener una profunda pasión por el culto de Dios, con el corazón entregado a todo lo que a él se refiere. Trataréis las cosas de Dios y las realidades espirituales con todo honor, mientras no estaréis de igual modo entregados a las realidades privadas. Esto significa que trataréis de honrar todo lo que se refiere al ministerio del altar de oro y de plata, y con preciosas telas de seda. Quien ama a la mujer le regala cada día vestidos preciosos, anillos de oro, collares, pendientes y otras mil cosas de este tipo. Y si fuera preguntado por qué actúa así, os responderá inmediatamente: porque ama a su mujer. ¿Por qué, pues, si amáis a Cristo, no actuáis para embellecer su casa, para hacer más espléndido el altar? Mirad a Salomón y observad los maravillosos vasos sagrados que mandó hacer para el culto del Templo, que sólomente contenía las tablas de piedra de la Ley. ¿Consideráis que aquí, donde están presentes el Cuerpo y la Sangre de Cristo, se debe ahorrar dinero o reparar en gastos? Somos pobres. ¡Si hacemos así apenas nos quedará con que vivir! Pero, ¿acaso no habéis recibido todo lo que poseéis del Señor? ¿No es Él el amo de todo? ¿Qué os impide pues sustraer algo a vuestras necesidades para desti-

narlo al adorno de su altar? Cristo, vuestro huésped, os pide sobre todo esto: si lo amáis, tened particular cuidado de su altar y su tabernáculo, su morada. En segundo lugar: debéis acercaros con la máxima reverencia a estos altares. Como un reo de muerte se acerca con ánimo humilde y dócil al príncipe del que puede esperarse gracia, así nosotros, merecedores de la muerte tantas veces cuantas hemos cometido pecado, debemos presentarnos ante su presencia y permanecer llenos de sentimientos religiosos; Él puede condenar nuestra alma, después de haber castigado nuestro cuerpo con la muerte. Por eso en las iglesias evitaréis cancioncillas, risas, charlas, conversaciones vanas y todavía más aquellas obscenas, las difamaciones y las murmuraciones. Que las mujeres entren con la cabeza cubierta, evitando actitudes provocativas; que estén sólo entregadas a la oración, meditando que están en la presencia de Aquel que está rodeado de millares de Angeles.

En tercer lugar: así como Dios nos ha enriquecido de numerosos dones, nos ha rodeado de cuidados solícitos, exige de nosotros celo en abrazarlos, en admirarlos, en usarlos. ¿De qué serviría a un enfermo mostrarle la medicina, si después rechazase tomarla? ¿O quién de vosotros no se incomodaría si, habiendo hecho un regalo a un amigo, éste se negara a aceptarlo o al menos mirarlo? Si en una hipotética Diócesis hubiera solamente una iglesia con un solo altar, todos deberíamos dirigirnos solícitamente a él para obtener los tesoros celestiales, para ver a nuestro Rey y Señor. Pero como Él está tan próximo, ¿cómo podremos ser justificados si no frecuentamos asiduamente sus iglesias para recibir en ellas tan numerosos y grandes dones? Así pues, hermanos, como tenemos poco tiempo por la longitud del rito de la consagración del altar, os imploro que los altares de vuestra alma estén siempre consagrados a Dios Nuestro Señor. Como estos altares están para siempre vinculados al culto divino, de modo que no pueden ser dedicados a ningún otro uso, de este modo dedicad al Dios vivo vuestros corazones y

vuestras almas. ¿A quién los podéis dedicar de modo más útil? ¿Al mundo que es falso y cuyo gozo es como la farsa de un actor, que *«está todo bajo el poder del maligno»* (1 Jn. 5, 19), que siempre ha sido enemigo de Dios? ¿o la carne, siempre rebelde al espíritu, que trata de arrojaros ruinosamente a un abismo? ¿o al demonio, el antiguo enemigo del Hijo de Dios, Cristo, que os rodea de un amor tan grande; y ha preparado una admirable heredad para sus seguidores? *«Como hasta ahora habéis puesto vuestros miembros al servicio de la impureza y de la iniquidad, así ahora poned vuestros miembros al servicio de la justicia para vuestra santificación»* (Rom. 6, 19), en el Espíritu Santo. Conservad puros sus templos y esforzáos por adornarlos cada día más con las virtudes y las buenas obras; hecho prisionero de su amor por vosotros, no abandone nunca vuestras moradas Aquel que no habita en un alma esclava del pecado. Sé que no sois capaces de rendir honores dignos de un huésped tan excelso: Él mismo se construirá la casa. Él mismo la adornará. Se acerca a vosotros, hoy, para daros la plenitud de su gracia con su Santo Crisma. Pide solamente una casa, si no bien embellecida, al menos límpia de toda preocupación terrena y sobre todo libre de pecado. No os opongáis a Él; por el contrario id a su encuentro con ánimo glorioso; dadle incluso una casa vacía pero ponedle delante todo lo que podáis ofrecerle.

No os avergoncéis porque Él mismo dispondrá, preparar y adornar aquí sobre la tierra vuestras almas para colmarlas después de gloria en el cielo. Los mayores reyes y príncipes, cuando se dirigen a casa de alguien, tienen la costumbre de enviar personas que les precedan para preparar aquellas moradas con los tejidos y alfombras propias. También vosotros, hijos, pedid y suplicad hoy al Hijo de Dios para que infunda sobre vosotros el Espíritu Santo. Y para que realice para vosotros con más gusto todo esto Aquel que está bien contento de concedérselo, hoy, cuando beséis el altar, os consagréis a vosotros mismos como altares vivos y os ofrezcáis como tabernáculo

de Dios: que no se goce de otra morada que la de vuestro corazón.

Vendrá a vosotros el Señor Jesús rodeado de mil cortejos de ángeles: Él os nutrirá, os alimentará con su carne. Pero también vosotros, hijos, acudid al encuentro de Él y ya en la puerta suplicadle así: Hasta ahora, oh Dios bondadoso, nuestras almas han sido como cuevas habitadas por serpientes y demonios, sentinas fétidas a causa de los pecados. Estamos horrorizados por un hecho tan indigno y queremos consagrártelas como altares vivientes. Tú concédenos que ellas estén siempre reservadas a tu culto, que no se manchen más y no sean profanadas más. Que nada de lo que no conviene a tu majestad aceche nuestras almas: consagra estos altares vivos con el óleo de tu gracia, lávalos con el agua de tu misericordia, y desde ellos se alce el incienso de la oración. Hemos decidido que serán para siempre tuyas y en ellas no habrá más lugar para el demonio, el mundo y la carne: pero Tú ayuda nuestra debilidad. Que en ellas se eleven hacia Ti sólomente votos y oraciones; que a Ti se eleve el sacrificio de nuestro corazón. Haz que demostremos nuestra devota voluntad con nuestras acciones. Rodeálas Tú con las robustas rejas de tu temor, de modo que queden alejadas de toda indignidad. Y, así como Tú habitas en los tabernáculos construídos sobre los altares de piedra, así habita durante todo el curso de nuestra vida en nuestros corazones, hasta cuando nos unas perfectamente a Ti en la Jerusalén del cielo, donde reinas con el Padre y el Espíritu Santo, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

DOMINGO VI DESPUES DE PENTECOSTES

Homilía pronunciada comentando el cap. XIV del Evangelio según Lucas en el pasaje: «un hombre dio una gran cena e invitó a muchos» Sobre la Eucaristía 10 de julio de 1583

Elías, santo profeta de Dios, celoso de su honor, había pasado por el filo de la espada a todos los profetas de Baal (1 Re. 19, 2); cuando el rey Ajab anunció la noticia a la impía Jezabel, su mujer, ella enfurecida, mandó un mensajero al siervo de Dios para decirle: *«Que los dioses me hagan esto e incluso algo peor, si mañana a esta hora no te he hecho como uno de aquellos»*. Dios permitió que el profeta sintiese un fuerte temor, para que no se exaltase por lo que Dios realizaba por medio de él. *«Se levantó y se marchó a donde lo llevaba su voluntad. Llegó a Berseba de Judá. Allí dejó a su siervo»*, es decir el hijo de la viuda que él había resucitado: su madre lo había consagrado a su servicio como acto de perenne dedicación. *«Se adentró en el desierto un día de camino y fue a sentarse bajo una mata de retama»* (de costumbre las serpientes huyen de la sombra). *«Deseoso de morir, dijo: ¡Basta ya, Señor! Llévate mi alma, porque no soy mejor que mis padres. Se acostó y se durmió bajo la mata de retama. Entonces un ángel lo tocó y le dijo: ¡Levántate y come! Él miró y vio junto a su cabeza una torta cocida sobre piedras ardientes y una vasija de agua. Comió y bebió y lue-*

go volvió a acostarse. Vino de nuevo el Ángel del Señor, lo tocó y le dijo: levántate y come, porque es demasiado largo para ti el camino. Se levantó, comió y bebió. Con la fuerza de aquella comida caminó durante cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios, el Horeb» (1 Re. 19, 4-8).

La enseñanza que se desprende para nosotros es ésta: en la figura de Ajab está indicado el demonio, el eterno enemigo del género humano; nuestra carne mortal nos amenaza de muerte eterna. No hay que extrañarse pues si a veces somos presa de fuerte temor y para nuestra alma pedimos morir. Viendo «*en nuestros miembros otra ley que declara la guerra a la ley de nuestra mente y nos hace esclavos de la ley del pecado que está en nuestros miembros*» (Rom. 7, 23), estamos obligados a exclamar: ¡Infelices de nosotros! «*¿Quién nos liberará de este cuerpo destinado a la muerte?*» (Rom. 7, 24). Pero despertados del sueño del pecado, he aquí que el Señor, hoy por medio de mí, su ángel (no por mérito, sino por encargo pastoral. Los ángeles son en efecto predicadores de la Palabra de Dios, sus mensajeros, es decir, precisamente, ángeles) os ha enviado este pan cocido bajo la ceniza: es aquel que baja del cielo, a las palabras del sacerdote, bajo los ácidos consagrados, el Pan de los ángeles, el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

¡Levantáos, hermanos queridísimos, y junto a mí comed espiritualmente de él! Comed con los dientes del deseo y de una devota hambre; asimiladlo con la santa contemplación del misterio; para que, fortificados por este alimento, alimento de los fuertes, en este largo y difícil camino que nos queda hasta la patria del cielo, podáis caminar, durante cuarenta años de la vida, hasta el Horeb (que significa: mesa), es decir, podáis llegar al banquete del cielo. Este Pan es fuerte y suave: Cristo, antes de su pasión, lo instituyó para nosotros en la gran Cena.

Hoy, mientras explicamos la parábola del Santo Evangelio, vosotros escucharéis atentamente y llenos de hambre espiritual nuestra enseñanza sobre esta santa

Cena, su institución, sus nobles efectos, las disposiciones que se deben tener y los impedimentos que a ella se oponen; también las penas para aquellos que están alejados de ella o que la reciben indignamente. De modo que todos podamos estar inflamados de amor. ¡Cristo, Dios y Hombre, Tú que has preparado esta Santa Cena y has querido ser Pan, alimenta estas almas con tu Palabra, para poder después nutrirlas contigo mismo!

«Un hombre dió una gran cena». Este hombre es Aquel que, siendo Dios no ha considerado indigno hacerse hombre. De Él la Santa Madre Iglesia dice en la profesión de la Fe, durante el Sacrificio de la Misa: «Por nosotros los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo, se encarnó en el seno de la Virgen María, y se hizo hombre» (Símbolo Niceno-Constantinopolitano). Este hombre, Cristo Jesús, que había preparado para sus fieles la Cena Eterna de la gloria con el Padre y el Espíritu Santo en el cielo, ha preparado también, como símbolo de aquella cena eterna, para el tiempo en el que permanece con los hombres, la Mesa de su Santísimo Cuerpo de la que estamos hablando. En aquella los Santos del cielo se nutren de la feliz visión de Dios; en ésta los fieles sobre la tierra se nutren del Cuerpo y Sangre de Cristo, Dios y Hombre, realmente presente bajo las especies del pan y del vino. Aquel hombre hizo una gran cena después de haber hecho ya muchos banquetes para los hombres: en los días de su vida, pasados con nosotros (toda la vida del hombre es como un día que pasa), a menudo los había nutrido con el alimento de su doctrina, de los ejemplos y de los milagros; pero al final de su vida, en la víspera de su día, ya próximo a la muerte, dió una gran Cena. Con razón se dice: una cena es con mucho más grande; la cena suele ser más abundante que el almuerzo: así Jesús, «después de haber amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (Jn. 13, 1). Quiso que este don suyo maravilloso viniera después de todos los grandísimos beneficios que ya había derramado; por medio de ello consiguió el fin que se había